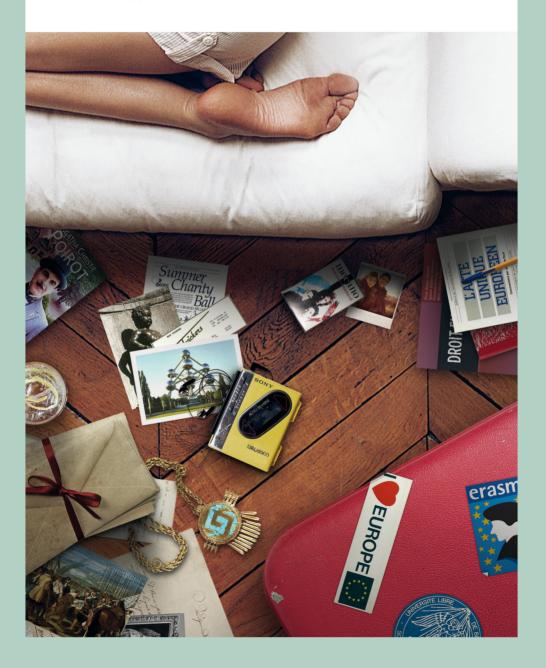
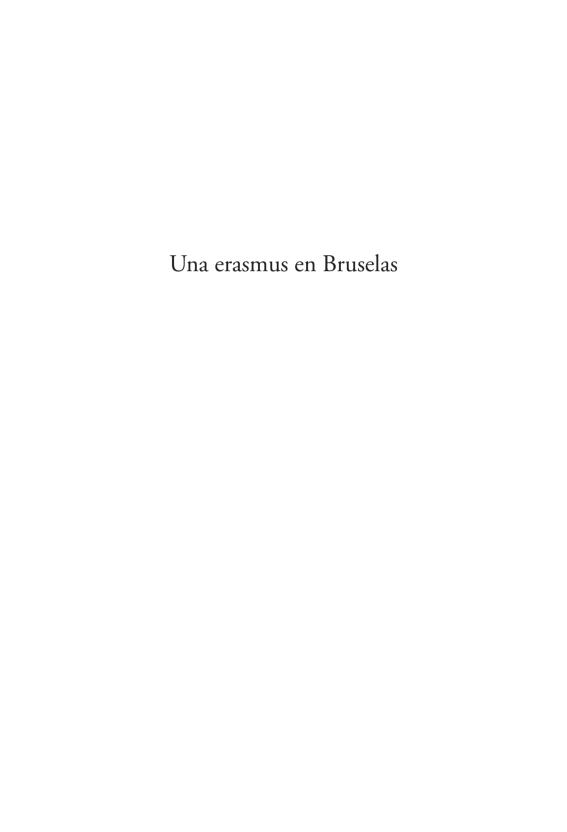
ALFREDO ESCARDINO

Una erasmus en Bruselas





COLECCIÓN LITERA**DURA**

Alfredo Escardino

Una erasmus en Bruselas



Primera edición: marzo de 2014

© Alfredo Escardino, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-1-7 Dep. Legal: M-6104-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

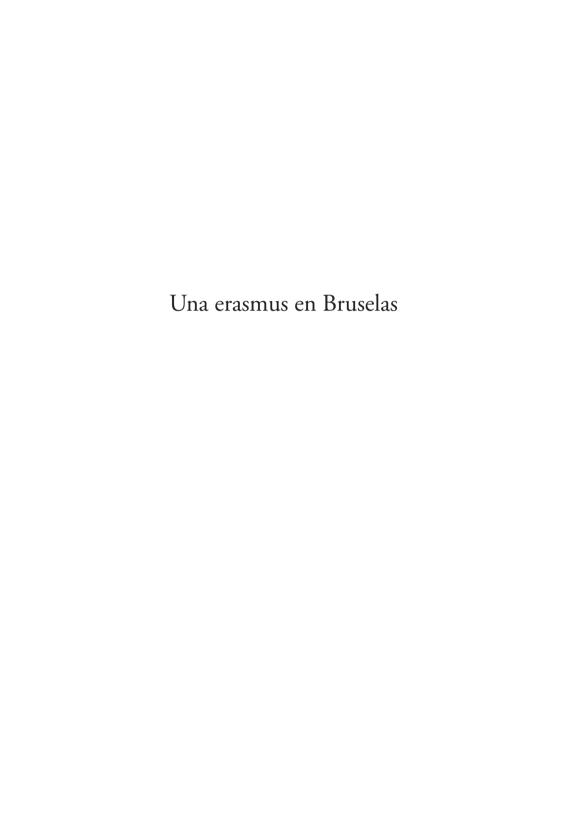
Motivo de la cubierta: *Una erasmus en Bruselas*, © Alfredo Escardino, 2014

Impresión y producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.



A mis padres.

A mis hijos.

LLUVIA INCESANTE SOBRE LA GRAND PLACE de Bruselas. Un turista noctámbulo con una gabardina floreada y una cámara de fotos con teleobjetivo. A primera vista, nada que diferencie ese 9 de febrero de 1988 de tantos otros días en la capital de la entonces llamada Comunidad Económica Europea.

Pero no nos resignemos tan pronto. Quizá no se trate de una noche cualquiera. En efecto, la mansión que fotografía nuestro turista tiene todavía las luces encendidas. Y en su interior, un anciano bien parecido, mejor conservado y elegantemente vestido, habla por teléfono.

- —¿Está usted seguro? —es el distinguido personaje.
- —Segurísimo, excelencia —es una voz con acento español, al otro lado de la línea—. Lo de la beca Erasmus está hecho. Me lo acaba de confirmar un miembro del Consejo Social de la universidad.

- —Siendo así, considere adjudicados los sanitarios y la grifería para reformar el aeropuerto de Bruselas. Ya puede poner a sus operarios a hacer horas extras.
 - —Siempre a su servicio, excelencia. Si no ordena nada más...
- —De momento es todo, Sánchez. Manténgame informado si hubiese novedades sobre *mademoiselle* Vilanova.

Es obvio que nuestro turista no ha podido oír desde el exterior esa conversación telefónica. Pero, a través de los ventanales, seguro que sí ve cómo el anciano cuelga el teléfono, se dirige hacia una librería presidida por un lienzo de Magritte, extrae algo de un compartimento y lo deja sobre el escritorio. Lo que quizá no pueda distinguir, pese a su potente teleobjetivo, es la exótica belleza del objeto en cuestión: un brazalete con un medallón de oro y esmeraldas. Ni tampoco la fotografía que hay junto a la joya: una instantánea, recortada de un conocido semanario español de sociedad, en la que una hermosa joven de rasgos mediterráneos sonríe durante la gala de clausura de la Feria del Mueble de Valencia.

Pero eso no es todo. De repente, el distinguido personaje abandona el escritorio, se aproxima al ventanal y mira hacia el exterior, al lado opuesto de la plaza, justo donde se encuentra nuestro turista. Este, de inmediato, retrocede unos pasos y se refugia en la arcada contigua al Ayuntamiento. Pasan los segundos. No parece que aquel se haya percatado de su presencia. Sin embargo, continúa mirando en esa dirección. ¿Qué estará observando?

¡Qué espanto! Es la tenebrosa silueta de un cadáver deforme, manoseado hasta el límite de lo imaginable. Ahí, emergiendo de la penumbra, tras las columnas, en el muro de la arcada.

No nos alarmemos. Se trata de Everard t'Serclaes, cuya metálica superficie es frotada por los viajeros deseosos de volver a Bruselas. Aunque, a decir verdad, en una noche tan desapacible es quimérico que el anciano pueda ver la conocida escultura desde tan lejos. Debe de estar observando otra cosa.

Olvidémonos, pues, de la estatua yacente y miremos de nuevo al ventanal. Demasiado tarde. La estancia donde se encontraba el distinguido personaje permanece ahora sumida en la oscuridad más absoluta.

A los sufridos gendarmes que montan guardia bajo la lluvia en la puerta del Ayuntamiento debería haberles extrañado que el individuo de la gabardina a flores y la cámara con teleobjetivo se marchara de la Grand Place sin frotar la célebre escultura. Pero ahí siguen, como si nada.

No se lo recriminemos. Quizá nuestro turista no tenga intención de regresar a Bruselas, quizá no crea en leyendas populares o, sencillamente, quizá no se trate de un turista.

EL CIELO ESTABA TAN ENCAPOTADO que parecía a escasos metros del suelo. Al menos, esa fue mi impresión al salir del edificio de la Gare Centrale de Bruselas ese 29 de febrero de 1988. «Vaya tiempecito», me lamenté mientras buscaba una parada de taxis bajo la gélida lluvia del invierno belga. «Las cuatro de la tarde y parece de noche...».

Localizada, al fin, la parada, me sorprendió la meticulosa fila que guardaban los taxis, todos negros, de gran tamaño, en su mayoría Mercedes. Aún me sorprendió más que el taxista no me diera conversación alguna mientras conducía a la dirección indicada. Pero lo que me pilló completamente desprevenida fue que la radio del lujoso vehículo permaneciera apagada. En España, cualquier taxista que se preciase habría aprovechado para criticar la última genialidad de Felipe González, lamentarse por la subida de la cajetilla de Ducados y quejarse del mal estado del tráfico, y todo ello,

además, amenizado por el programa radiofónico *Carrusel deporti*vo, con la aburrida complicidad de la emisora de radiotaxi.

Agradecí el silencio y me sumergí en mis recuerdos. Atrás quedaban unas semanas de vértigo. Desde que me habían notificado la concesión de una beca Erasmus para estudiar en la Universidad Libre de Bruselas, había estado volcada en los preparativos del viaje. También había intentado asegurarme de que las asignaturas que cursara en Bruselas me fueran convalidadas para terminar la licenciatura en Derecho.

—Y eso del programa Erasmus, señorita, dígame, ¿qué es? —me había preguntado con visible desconfianza mi profesor de Derecho Internacional.

Yo le había explicado, mal que bien, que se trataba de una iniciativa de la Comunidad Económica Europea para estudiar en otros países. También le había dicho que era el primer año que la Universidad de Valencia participaba en el programa y que no sabía dónde informarme sobre los trámites para convalidar las asignaturas.

—Lo de la convalidación lo veo difícil —había dicho el veterano profesor, como desentendiéndose del problema—. Nuestra universidad tiene unas exigencias docentes de altísimo nivel. De todas formas, le sugiero que hable con la profesora López-Taylor. Es ella quien coordina las relaciones internacionales de la universidad.

La profesora López-Taylor tampoco me había aclarado gran cosa. El programa Erasmus era muy novedoso, y su aplicación por las universidades estaba plagada de interrogantes. Eso sí, me había facilitado una dirección en Bruselas donde alojarme durante los meses que pasara en la ciudad. Se trataba de la casa de una tal Aurore Lambert, quien hospedaba a estudiantes por cortos periodos

de tiempo. Estaba cerca del campus y, como si de una pensión se tratase, el alojamiento incluía desayuno y cena.

Y ahora, pocas semanas más tarde, a casi dos mil kilómetros de distancia de aquella conversación, un enorme taxi negro me conducía por una calle empinada hecha con adoquines y flanqueada por ennegrecidos inmuebles de época. Los viandantes, escasos, caminaban protegidos por paraguas y vestidos de riguroso invierno. El paisaje grisáceo, monocolor, aparecía salpicado por el verde fluorescente de ciertas cúpulas y estatuas largo tiempo sometidas a la implacable humedad. Con la mirada perdida en las empañadas ventanillas del vehículo, yo permanecía abstraída en mis recuerdos más recientes.

El viaje entre Valencia y Bruselas había sido largo y pesado. En particular, el trayecto en coche cama de Barcelona a París me había dejado extenuada. Entre el nudo que tenía en el estómago y el constante traqueteo del tren, no había podido dormir en toda la noche. Por fortuna, mi inseparable walkman y las aventuras de Hércules Poirot en aquel inolvidable Orient Express habían hecho más llevadera mi involuntaria vigilia. Sin embargo, pese al cansancio del viaje y al nerviosismo ante esa primera salida al extranjero, estaba feliz de haber llegado por fin a Bruselas. Y es que la estancia en la capital belga se me presentaba —como caída del cielo— en un momento de gran confusión, con un estilo de vida que no acababa de llenarme y un futuro inmediato poco alentador. ¿Por qué había cambiado tanto? Bueno, quizá esa no era la cuestión. Entendía el porqué de ese cambio, y no me sentía culpable. El problema era hasta qué punto quería seguir viviendo con arreglo a unas pautas que poco tenían que ver con mi forma de ser y que, de alguna manera, me habían venido impuestas por las circunstancias.

El suntuoso taxi circulaba ahora por una gran avenida llena de túneles. Edificios contemporáneos, destinados a oficinas, mostraban sin pudor sus interioridades a través de iluminados ventanales. Tipos encorbatados, enfundados en gabardinas, protegidos por paraguas y portando maletines, desfilaban de regreso a sus hogares, en dirección a las bocas de metro o a las paradas de tranvía. Ajena al trajín propio de una jornada laboral cualquiera, yo repasaba las circunstancias que me habían llevado a este estado de insatisfacción y duda.

Y recordaba que, de niña, era estando sola, enfrascada en mis lecturas de intriga y suspense, cuando más disfrutaba, cuando dejaba volar mi imaginación y mi fantasía, y que, excepción hecha de mi hermana Lucía —un año menor, pero más extrovertida—, con quien me encontraba realmente a gusto era con mi tío Mario, el entonces jovencísimo profesor universitario que había asumido nuestra custodia tras el fatal accidente de tráfico sufrido por nuestros padres, a quienes Lucía y yo apenas habíamos conocido. También recordaba que, ya en la escuela, había sido respetuosa y buena estudiante, y que solía permanecer ajena a esas gamberradas colectivas tan habituales entre las alumnas más populares de clase; un comportamiento atípico que había ido generando hostilidad hacia mí y una sensación de progresivo aislamiento que, con la adolescencia, se había vuelto insoportable. Quizá fuera por eso, por mero instinto de supervivencia, por lo que había aprovechado el traslado al instituto para cambiar radicalmente de actitud y convertirme en una animadora más de la agitada vida social preuniversitaria. Tal vez ese giro hacia lo convencional había sido la causa de que me matriculara en Derecho, una licenciatura que no es que me llamara especialmente la atención, pero que concentraba a un buen número de estudiantes sin vocación profesional clara. Y, quizá, también el motivo por el que me había echado novio formal en cuanto había aparecido el candidato apropiado.

Hacía un buen rato que el hermético taxista había dejado atrás la gran avenida con túneles, individuos encorbatados y edificios impersonales. Ahora conducía por un barrio de casas unifamiliares y jardines cuidados con esmero. En el asiento trasero del espacioso vehículo, yo continuaba ausente y pensativa.

Y es que no podía dejar de dar vueltas a algo que me atormentaba: a punto de terminar unos estudios que no me habían interesado en absoluto, con un noviazgo que me planteaba demasiadas dudas y con mínimas opciones de encontrar un trabajo más o menos apetecible, me invadía la creciente sensación de haber pagado un precio muy alto, de haberme traicionado a mí misma a cambio de ser aceptada por el grupo. Por eso tenía depositadas grandes esperanzas en esa estancia en Bruselas, por la posibilidad de poner algo de distancia con respecto a una manera de vivir que, en el fondo, me resultaba insatisfactoria y ajena.

El lujoso vehículo acababa de detenerse frente a una vivienda unifamiliar de ladrillo cara vista, empapadas tejas grises y tres plantas, la última de ellas abuhardillada. Nada que la diferenciase de las casas vecinas, salvo por las columnas grecorromanas que flanqueaban la entrada principal, a cuyos pies dos leones de piedra de estilo oriental parecían guardar la morada. Junto a una fuente coronada por un cupido ecuestre, un enanito de madera vestido de rojo daba la bienvenida en francés y en flamenco. La voz grave del taxista, indicando que habíamos llegado a la dirección convenida, me sacó de mi letargo.

- -; Qué le debo? pregunté en mi francés de colegio.
- —750 francos, mademoiselle.

Cogí la calculadora de bolsillo e hice la conversión a pesetas.

- —Disculpe, ¿cuánto ha dicho? —dije, sin terminar de creérmelo.
- —750 francos, *mademoiselle* —este ni siquiera modificó el tono de voz.

Pagué, me subí la capucha del anorak, saqué el equipaje del maletero y me dirigí hacia la casa sorteando charcos. «Tres mil pesetas de taxi», pensé alarmada. «¡Si todo es tan caro en Bruselas, en un par de meses me habré pulido la beca!».

Tras limpiarme las suelas de las embarradas zapatillas de deporte en el felpudo de la entrada, llamé al timbre. Al rato, una mujer de edad indefinida, pelo rubio oxigenado y cejas negro azabache abrió la puerta. La dama era más bien rechoncha, vestía un chándal de marca de intenso color rojo y calzaba puntiagudos zapatos de tacón alto. Sus manos y muñecas parecían un muestrario andante de orfebrería.

- —Bonsoir, madame —balbuceé—. La señora de la casa, por favor.
- —Yo soy la señora de la casa, *chérie* —contestó la mujer. Y exhaló un humo mentolado que, a todas luces, provenía del largo cigarrillo oscuro que portaba entre sus dedos—. Tú debes de ser la española que esperamos. No soy adivina, pero con ese color de pelo, ese tono de piel y esa forma de pronunciar las erres... Pasa, te acompañaré a tu habitación —su sonrisa era cálida, teñida de nicotina—. Cuando deshagas el equipaje te presentaré a mi marido y cenaremos.
- —Disculpe, *madame* —yo estaba aturdida por su verborrea—, ¿podría hablar un poquito más despacio? Me temo que mi nivel de francés...
- —Tranquila, *chérie* —su tono era comprensivo—. Es por mi acento de Lieja y por los años pasados en Inglaterra. En unos días habrás acostumbrado el oído. Ven, sígueme.

Más por intuición que por haberla entendido, seguí a Aurore Lambert hasta la última planta de la vivienda.

La que iba a ser mi habitación durante los próximos meses estaba empapelada con dibujos campestres del siglo XVIII en tonos granate —estilo inglés, como el resto de la casa, según recalcó la propietaria—. En un extremo de la pieza había un pequeño lavabo empotrado. El resto del mobiliario lo componían un camastro, un armario barato y una estantería con mesita plegable presidida por un televisor.

—El cuarto de baño está en la planta inferior, al fondo del pasillo —dijo la dama de pelo oxigenado—. Lo compartirás con nosotros. Pero, tranquila, aquí no se utiliza tanto como en España: al hacer frío, se suda menos... —y, acto seguido, me alargó un artilugio de goma con forma de manguera y cabezal de ducha—. Esto quizá te sea de utilidad. Los ingleses lo llaman *capricho español*. Como la obra de ese músico polaco... o ruso, no recuerdo ahora.

Cogí el insólito artefacto y la miré desconcertada.

—Verás, *chérie* —dijo en tono de mujer mundana—. En Inglaterra solíamos tener estudiantes españoles en verano..., y el consumo de agua se nos disparaba. Yo intentaba razonar a tus compatriotas que las personas y las plantas han de ponerse a remojo, a lo sumo, una vez por semana. Pero ellos insistían en lavarse todos los días. Así que les compré este mecanismo, del que me había hablado una vecina. Por lo menos así dejaron de llenarme la bañera a diario.

Aurore Lambert pareció dar por concluida la explicación. Y dejándome con el asombroso cachivache en las manos, dio media vuelta para regresar a sus quehaceres.

—¡Ah!, se me olvidaba —dijo tras taconear por el pasillo unos metros—. Querrás llamar a tu familia para decirles que has llegado

bien. En el salón hay un teléfono con contador. Utilízalo cuanto quieras. Ya me pagarás cada mes lo que consumas.

Tras deshacer el equipaje, bajé al comedor. Allí estaba ya la dama del chándal rojo junto a un tipo alto, desgarbado y de pelo grasiento que resultó ser su marido.

- —*Chérie*, te presento a Charles Atkinson-Foster, el culpable de que haya pasado media vida en Cornualles. Charly, esta es Cristina Vilanova, la española que va a estar unos meses con nosotros.
- Enchantée, monsieur dije, esforzándome por pronunciar correctamente.
- —Moi, as well —respondió este, con un acento inglés que apestaba a taberna, al tiempo que incrustaba en mi escote sus ojos de beodo.

«Vaya elemento —pensé mientras verificaba pudorosamente los botones de mi blusa—. Tendré que ir por casa con jersey de cuello alto... o, peor aún, con armadura».

Hechas las presentaciones de rigor, Aurore Lambert anunció que para celebrar mi llegada había cocinado el plato estrella de su suegra: *cornish pasty* a la gelatina de menta y salsa *pickle*. Y que, para maridarlo como era debido, lo regaríamos con un excelente vino inglés que embotellaban unos amigos suyos en garrafas de tres litros.

Afortunadamente para mí, la velada fue corta. Intentando no herir la sensibilidad de mis anfitriones, alegué indisposición por el larguísimo viaje para no acabarme el pastel de contenido incierto y limitarme a una sola copa de aquel brebaje corrosivo. La dama de pelo oxigenado no dejó de hablar en toda la cena, demostrando una habilidad excepcional para conversar, comer y fumar al mismo

tiempo. Su marido intervenía solo ocasionalmente, y su francés se fue haciendo más y más ininteligible a medida que la garrafa de vino iba vaciándose. Cuando aquella se levantó a por otra cajetilla de More mentolado, aproveché para disculparme y retirarme a mi habitación. Tardé poco tiempo en quedarme dormida, rendida como estaba por el sueño y el esfuerzo hecho para entender el francés.

NADA MÁS ABRIR LOS OJOS, a la mañana siguiente, constaté que a la luz del día mi habitación era todavía menos acogedora. Pero al acercarme a la ventana y descorrer las cortinas no pude sino admirar la belleza de los jardines del patio de manzana, cuyos árboles y setos —empapados por la lluvia y pulcramente cuidados— salpicaban la plomiza estampa invernal con una variada gama de verdes y marrones.

Tras recrearme unos minutos en el melancólico paisaje, me puse un castísimo albornoz y me encaminé hacia el cuarto de baño con la intención de darme una larga y reparadora ducha antes del desayuno. Pero, muy a mi pesar, la realidad fue bien distinta. El artilugio de goma que me había facilitado Aurore Lambert, y que debía introducir en el grifo de la bañera para echarme agua por encima, era excesivamente corto; así que tuve que conformarme con una brevísima ducha arrodillada en la tina. «Nada como viajar

para conocer otras costumbres», suspiré en la incómoda postura. «Pero esto de hacer penitencia de buena mañana... Y anda que lo de la moqueta en el suelo del baño. Distinguido puede que sea, pero higiénico...».

De regreso a la habitación me dirigí al armario para vestirme. Una vez elegida la ropa, busqué la plancha alisadora de pelo. «No sé si servirá de algo», me lamenté mirando por la ventana. Y es que, con la que estaba cayendo, lo más práctico era la infalible coleta. Pero no pude dedicar mucho tiempo a elucubrar sobre mi peinado. Al situarme frente al espejito del lavabo comprobé, alarmada, que —sin duda por efecto del agotador viaje de la víspera— mis habituales ojeras amoratadas estaban más acentuadas que nunca, y mi mirada parecía más fría, dura y distante que de costumbre. Mientras intentaba arreglar el desaguisado con cuanto tenía en el neceser, recordé con envidia los ojos de mi hermana Lucía, tan similares a los míos y a la vez tan distintos. Aquellos ojos, también negros pero infinitamente más acogedores, que tanta calidez transmitían, que invitaban a aproximarse. Justo lo contrario de lo que pasaba con los míos.

Ya en la cocina, me encontré con Aurore Lambert vestida de nuevo —o todavía—con su chándal rojo, profusamente enjoyada y fumando de buena mañana. Su pelo rubio oxigenado lucía algo más grasiento que la noche anterior, lo que acentuaba su aspecto estrafalario. Los puntiagudos zapatos de tacón alto parecían de otro tono, aunque quizá se tratara de un mero efecto visual causado por la luz del día. Una luz que, por el contrario, no tenía el menor impacto en el color de sus cejas, que seguían siendo de un negro azabache casi azulado. A juzgar por los manchones oscuros alrededor de sus ojos, la mujer no había estado muy fina con el rímel esa mañana. Aunque también cabía la posibilidad de que

todavía no hubiese podido ocuparse de su higiene personal. En ese caso, quizá los manchones provenían del maquillaje de la víspera tras una dura noche de pelea con la almohada.

- —Buenos días, *chérie* —me dijo, inundando la estancia de un humo mentolado—. ¿Has dormido bien? En la mesa tienes tostadas, mermelada y un trozo del *cornish pasty* de anoche. Ahora, algo reposado, está todavía más sabroso. Y acabo de preparar un pudin de anís con pepinillo y jengibre. Otra de las especialidades de mi suegra. ¿Te apetece probarlo?
- —Buenos días, *madame* —dije yo sin acabar de entenderla. Y, tras fijarme en el aspecto de lo que había sobre la mesa, opté por una mentira piadosa—. Gracias, pero sigo teniendo el estómago revuelto. Con unas tostadas y un té bastará.

La extravagante dama no pareció inmutarse. Sin perder su cálida sonrisa color nicotina, sacó del armario una tetera eléctrica y se dispuso a hervir el agua.

- —Disculpe, *madame* —dije aún desde la puerta de la cocina—. Quisiera acercarme a la universidad. ¿Sabe cómo puedo ir?
- —El campus está en la avenida Franklin Roosevelt —contestó—. Puedes coger el tranvía en la esquina. Son solo tres paradas —y, al atravesar yo la estancia en dirección a donde se encontraba el desayuno, me dio la impresión de que seguía con la mirada mis recién estrenados Levis 501—. *Chérie* —se limitó a decir, con gesto de aprobación—, con esas piernas de anuncio vas a hacer estragos entre los estudiantes belgas.

Al cabo de una media hora me apeaba del tranvía frente al neobarroco edificio principal de la ULB —siglas con las que se conocía a la Universidad Libre de Bruselas—. Ya en su interior, busqué

la ventanilla de inscripciones y me dispuse a hacer cola mientras hojeaba un folleto que había encontrado junto a la entrada. Según el tríptico, la ULB había sido fundada en 1834 y era una de las más acreditadas universidades francófonas del mundo. Su Instituto de Estudios Europeos, donde yo tenía previsto asistir a clase esos meses, había sido creado poco después de que Francia, Alemania, Italia y los tres países del Benelux pusieran en marcha la Comunidad Económica Europea.

El gran número de estudiantes que había en la gigantesca sala no se correspondía con el silencio reinante. «Desde que he llegado a Bruselas es como si me hubiese quedado sorda», pensé extrañada. «Los coches no tocan el claxon, la gente no grita, los niños no arman follón...».

En ese momento, una voz de mujer con inconfundible acento andaluz me apartó de mis reflexiones.

—Tú eres española, ¿no? Es que tienes toda la pinta.

Me giré. El comentario provenía de una joven de mi misma estatura, aunque bastante más delgada, casi carente de formas. Su piel, muy clara, contrastaba con unos vivarachos ojos pardos. Su negra melena, cortada a la altura de los hombros, parecía peinada en un intento de dar algo de volumen a un rostro alargado, en el que destacaba una nariz ligeramente aguileña. Llevaba una cazadora de piel negra, tipo piloto, y una falda corta en tonos violeta con amebas plateadas. Sus largas piernas iban protegidas por unos estilosos leotardos. Los botines se adivinaban de marca.

Reyes Avellaneda se presentó. Era sevillana, se había licenciado en Historia y estaba haciendo un máster en el Instituto de Estudios Europeos. Yo hice lo propio. Le dije que era valenciana, que estudiaba Derecho, que acababa de llegar a Bruselas con una beca Erasmus y que llevaba un rato haciendo cola para matricularme.

—Estos belgas son lentitos —dijo la sevillana con tono de suficiencia—. Si no te espabilas, vas a pasarte aquí el día entero. Anda, trae los papeles, que yo me ocupo —y, cojeando ostensiblemente, se dirigió a la ventanilla reservada a los discapacitados.

Antes de que pudiera reponerme del asombro, los documentos obraban en poder de la administrativa de turno. Al poco rato, mi matrícula estaba en regla.

- —Cómo te pasas, ¿no? ¡Pobre gente! —dije abochornada. Y miré con disimulo a los estudiantes que hacían cola disciplinadamente.
- —Aquí todos son tan formales que te puedes permitir estas alegrías —la tal Reyes esbozó una sonrisa malévola—. Tranquila, nadie va a pensar que quería colarme —y, como si lo ocurrido no fuese con ella, cambió de tema—. Oye, he quedado a comer con una compañera de clase, Francesca, una italiana. Vamos aquí al lado, al comedor de la ULB. ¿Te apuntas?

Tardé unos segundos en contestar. Artimañas como esa de la fingida cojera me gustaban más bien poco, pero lo cierto es que me había evitado un buen rato de tediosa espera. Así que preferí no mostrarme desagradecida a las primeras de cambio.

—Vale —dije guardando en el bolso el recibo de la matrícula—. Pero, por favor, no me montes más numeritos como este.

Salimos del edificio y nos dirigimos, tapadas hasta las cejas, al comedor de la ULB. Mientras caminábamos bajo la lluvia, Reyes me comentó que llevaba en Bruselas desde principios de curso, que la vida en la ciudad era muy divertida, pero que sus proyectos de futuro estaban lejos de allí.

—Mira, Cristinita —añadió como si me conociera de toda la vida—. Bruselas está bien para unos meses. Pero yo, en cuanto

acabe el máster, me vuelvo a Sevilla. Aquí el clima es un coñazo, se come fatal y a estos tíos no hay quien los aguante.

Y, sin dejarme reaccionar ante afirmación tan categórica, pasó a hablarme de la amiga con quien había quedado para comer. Se trataba de una italiana llamada Francesca Biaggioni, quien llevaba en Bruselas desde que a finales de los años sesenta su padre había sido destinado a la embajada de su país ante la CEE —siglas por las que se conocía la Comunidad Económica Europea—. Lo curioso del caso es que, además de compañeras de clase en el Instituto de Estudios Europeos, la tal Francesca y ella eran vecinas, pues ambas vivían en una antigua *maison de maître* transformada por su dueño en tres pequeños apartamentos independientes. Al parecer, el tercer apartamento lo ocupaba la hija de unos joyeros madrileños, una tal Almudena Orozco, que el año antes había estudiado también en el Instituto de Estudios Europeos y ahora trabajaba en uno de los primeros bufetes españoles con oficina en Bruselas.

El comedor de la ULB era una sala enorme repleta de mesas alargadas donde se agolpaban cientos de estudiantes. Pese al gentío, la ausencia de ruido era sorprendente.

- —Hoy hay pescado con salsa bearnesa —dijo Reyes. Y señaló la bandeja que, a modo de muestra del menú del día, presidía la entrada del comedor.
- —¿Qué pescado? —pregunté, con franca curiosidad, al fijarme en el enigmático preparado de textura gelatinosa.
- —Es lo de menos... —mi acompañante se encogió de hombros—. Aquí todo el pescado sabe a mantequilla.

Tras guardar —esta vez, sí— la preceptiva cola, nos dirigimos, bandeja en mano, en busca de la amiga italiana de Reyes.

La tal Francesca estaba al fondo de la sala, esperando en el extremo de una de las alargadas mesas. Era rubia, de melena ondulada y más bajita que nosotras. De semblante angelical, camuflaba sus ojos azules tras unas gafas encarnadas con montura vanguardista. Vestía un jersey de lana de cuello vuelto, en oro viejo, y unos tejanos a juego. Junto a su bolso, de una conocida marca milanesa, reposaban unos guantes multicolores y un abrigo corto de piel marrón con borreguito en el cuello.

Reyes saludó cariñosamente a su amiga y me presentó.

—Francesca, esta es Cristina Vilanova. Acaba de llegar a Bruselas con una beca Erasmus, ese programa nuevo del que estuvimos hablando el otro día —y dejó la bandeja sobre la mesa, junto a la de la italiana—. Se ha matriculado en tres asignaturas del máster. De las que empiezan ahora en marzo. Así que vendrá a clase con nosotras.

La joven de dorados tirabuzones sonrió con dulzura.

—*Ciao*, Cristina, encantada de conocerte —dijo en un castellano más que decente.

Reyes y Francesca se pasaron la comida parloteando. Y por si el idioma en que se comunicaban dejaba dudas sobre su origen mediterráneo, ellas mismas se encargaban de disiparlas gesticulando sin tregua e interrumpiéndose la una a la otra constantemente. El único momento en que parecieron prestarme atención fue cuando les mencioné a mi novio.

- —¿Pero es novio novio? —era Francesca quien hablaba, con aparente curiosidad—. Ya sabes, para casaros y eso.
- —Pues... sí —dije algo desconcertada por lo inusual de la pregunta—. Llevamos ya tres años juntos. Se llama Vicente —y abriendo el bolso extraje una fotografía que le había hecho en la playa el verano anterior.

—Qué mono... —Reyes miró la instantánea sin mostrar el más mínimo interés—. Pero, niña, aquí es mejor venir sin novio. Ya te darás cuenta del porqué.

El miércoles asistí a mi primera clase. Y no tardé en darme cuenta de que tendría que mejorar mucho mi francés si pretendía aprobar los exámenes. En el descanso, sentada en una de las mesitas junto a la máquina expendedora de bebidas, manifesté mi preocupación a mis nuevas amigas.

—Cristinita —Reyes me interrumpió con semblante mundano—. La mejor manera de aprender francés es liarse con un nativo. Ahora bien, como tienes novio formal tendrás que conformarte con el método Assimil —y, tras mencionar el popular sistema de aprendizaje de idiomas, esbozó una sonrisa maliciosa—. Eso sí, tengo que decirte que es mucho más aburrido.

Francesca, que había seguido la conversación frente a un vasito de plástico con chocolate humeante, dejó entrever mayor empatía.

—Reyes, no la agobies. Hasta los exámenes tiene tiempo de sobra para mejorar el idioma. Además ¿para qué están los apuntes de las amigas?

La sevillana cambió de tema

—Bueno, Cris, asunto exámenes zanjado, pasemos a cosas más serias. ¿Cómo te va por casa de *madame Horror*?

Sonreí sin demasiadas ganas. El juego de palabras hecho al pronunciar, con exagerado acento español, el nombre de pila de mi extravagante casera, madame Aurore Lambert, era ocurrente pero no dejaba de ser algo cruel.

- —No me puedo quejar —le respondí—. Es muy amable y me trata como a una hija. El problema es la comida. Me voy a atiborrar de platos grasientos y gelatinosos. Alta cocina inglesa, según ella.
 - —Y con Charly el Libidinoso, ¿qué tal?

Ahora sí sonreí abiertamente. El apodo elegido para el alto y desgarbado marido de mi casera no podía ser más acertado.

- —Bien, de momento bien, sin problemas. Vamos, que mirar, mira mucho..., pero de ahí no pasa —y decidí cambiar de tema—. Hablando de todo un poco ¿qué hacéis aquí los fines de semana? Aparte de estudiar, quiero decir...
- —Madonna! —exclamó Francesca—. En Bruselas siempre hay alguna excusa para no quedarse en casa.
- —Y que lo digas —era Reyes de nuevo—. Cuando no es un cumpleaños, hay quien organiza algo por la visita de un familiar, o porque ha encontrado curro, o por los motivos más insospechados. Y eso sin contar las incontables despedidas... o las llegadas. ¿No ves que Bruselas es una ciudad de paso? Aquí nadie se queda eternamente.
- —Además, a falta de otros planes —ahora era Francesca—, los *stagiaires* hacen una fiesta cada semana.
- -¿Los *stagiaires*? pregunté. Ni remotamente sabía a quiénes se refería.
- —Sí —contestó—. Son jóvenes de toda Europa que hacen medio año de prácticas en la CEE. Ya iremos a alguna de sus fiestas. Verás cómo se lo montan.

En el salón de Aurore Lambert habría unas cincuenta personas esa noche.

Un par de días antes, yo había sido invitada por mi casera a la *soirée* que esta organizaba por su onomástica. Y había aceptado de inmediato, consciente de la ocasión que el evento me brindaba para practicar francés y conocer gente nueva. Sin embargo, horas después, en la cantina de la ULB, había expresado a Reyes mis dudas al respecto.

- —No sé... Si todos los invitados son como ella, ¡vaya planazo!
- —Te equivocas, Cristinita —había dicho mi estilosa amiga—. *Madame Horror* y el marido serán raros, pero están muy relacionados. He oído que a sus fiestas va *la crème de la crème*.

Así que, para la *soirée*, me había engominado el pelo, lo había peinado tirante hacia atrás y lo había recogido en un moño bajo —según solía decir con sorna mi tío Mario, profesor de Historia

de las Civilizaciones, el peinado que mejor sentaba a mis facciones grecolatinas, mi tono de piel fenicio y mi rebelde cabellera mozárabe—. Y en cuanto a mi atuendo, había optado por un vestido negro, con largo por las rodillas y escote palabra de honor. Un modelo que me permitía lucir la parte de mi anatomía que más me gustaba: el triángulo formado por unos hombros tipo percha, distinguidos, y un busto algo más voluminoso que la media.

Nada más entrar en el salón donde se celebraba el evento, las miradas de los presentes me confirmaron lo acertado de mi elección. El primero en acercárseme fue el alto y desgarbado marido de la anfitriona, cuyos ojos delataban las dos o tres ginebras que con toda seguridad se había bebido mientras esperaba a los invitados. El inglés, su pelo lacio, grasiento, y vistiendo una combinación imposible de prendas y colores, se dirigió a mí en su francés ininteligible. Pero la tentativa de conversación fue frustrada por Aurore Lambert, que había cambiado su chándal rojo de diario por un esperpéntico vestido de flores, y cuyo pelo rubio oxigenado lucía esa noche un tupé inverosímil. Decenas de collares, pulseras y sortijas salpicaban de brillos su rechoncha figura.

- —Cristina, qué guapa vas. Y qué gargantilla tan original —dijo refiriéndose al medallón de oro y esmeraldas que colgaba de mi cuello—. ¿Te apetece tomar una copa de champán?
- —Gracias, *madame*. Me alegro mucho de que le guste la gargantilla. La heredé de mi bisabuela —y, echándole imaginación, intenté devolverle el cumplido—. Usted sí que va elegante. Ese vestido le sienta de maravilla. Las flores le dan un aspecto muy... primaveral.
- —Es distinguido, ¿verdad? —la dama giraba torpemente sobre sí misma, sin duda para ofrecerme una visión completa de su estrafalario atuendo—. Cuatro veces al año viajo a Londres y re-

nuevo vestuario con mi modista de toda la vida. Sabe que siento debilidad por las telas floreadas —y me cogió maternalmente del brazo—. Acompáñame, *chérie*. Me gustaría que conocieras a algunos amigos.

Aurore Lambert fue presentándome a sus invitados. Tal y como había vaticinado Reyes, entre ellos había empresarios, políticos y conocidos artistas. La mayoría eran belgas, aunque había algún que otro extranjero. Yo era, con diferencia, la más joven de todos.

Tras presentarme aproximadamente a la mitad de los asistentes, mi floreada casera se acercó a un joven de unos treinta años, alto y delgado, de largo flequillo rubio que cubría su frente. Vestía chaleco de ante y americana de *tweed*, de cuyo bolsillo asomaba un pañuelo de seda a juego con la pajarita. Los puños de su almidonada camisa portaban unos gemelos que representaban un escudo de armas.

—Cristina, este es el vizconde Jean Baptiste de Laewaert. Vizconde, permítame presentarle a *mademoiselle* Cristina Vilanova.

Al mirarnos, me pareció detectar en los ojos grises del aristócrata una fugaz expresión de asombro, como si se hubiese reencontrado con una vieja conocida. Pero no concedí al hecho mayor importancia. Quizá habían sido imaginaciones mías, quizá me había confundido con otra persona.

—Enchanté, mademoiselle —dijo este con marcado acento flamenco. Y se inclinó ceremoniosamente sobre mi mano, al tiempo que juntaba con marcialidad sus relucientes zapatos.

Poco habituada a modales tan refinados, esbocé torpemente algo parecido a una genuflexión y me limité a sonreír como una boba. En ese momento, una de las doncellas se acercó a la anfitriona y le dijo algo en voz baja. Esta asintió y, tras excusarse,

se encaminó a la entrada para ocuparse de una pareja de recién llegados. El joven con acento flamenco me preguntó entonces si me apetecía comer algo. Asentí sin dudarlo. Durante las presentaciones me había limitado a encadenar copas de champán y estaba hambrienta y algo mareada.

Mientras degustábamos las insólitas creaciones de Aurore Lambert, el belga me contó que vivía en Bruselas y que trabajaba en el departamento de gestión de grandes fortunas de un banco. Yo, haciendo esfuerzos sobrehumanos por hablar correctamente en francés, le dije que estudiaba en la ULB y que me alojaba en casa de la anfitriona. Durante la conversación, me sorprendió que mirara mi escote con tanta insistencia. «Vaya con el aristócrata», pensé. «Quizá sea más refinado, pero en el fondo mira donde miran todos los tíos».

Al cabo de media hora, mi acompañante consultó su reloj de pulsera e hizo un gesto de contrariedad.

—Lo lamento muchísimo —dijo en tono de disculpa—. Me gustaría quedarme, pero mañana he de madrugar. ¿Le gustaría seguir la conversación el viernes de la semana próxima? Sería un placer invitarle a tomar café en la Place du Sablon.

Nada más llegar a su casa, el vizconde Jean Baptiste de Laewaert se sirvió una copa de armañac, encendió nerviosamente un cigarrillo y llamó a un teléfono de Amberes.

- Residencia de su excelencia el conde Alfred Jacobs, dígame
 era la voz ceremoniosa del mayordomo.
- —Buenas noches, Arthur. Soy el vizconde de Laewaert. ¿Está su excelencia?

—Buenas noches, vizconde. Un momento. Veré si puede atenderle.

Al cabo de unos minutos, que se le hicieron eternos, oyó de nuevo al mayordomo.

—Le paso, vizconde.

Otro silencio demasiado largo.

- —Buenas noches, vizconde —la voz era ahora grave, autoritaria.
- —Buenas noches, excelencia —Jean Baptiste sintió cómo se le aceleraba el pulso—. Disculpe que le moleste a estas horas.
- —No se preocupe, ya sabe que duermo poco. Estaba trabajando. Dígame.
- —Excelencia, acabo de llegar de la soirée a la que me pidió que asistiera —las manos comenzaron a sudarle—. Ha ocurrido algo extraordinario.
 - —Cuénteme —más que una petición, parecía una orden.
- —Preferiría no hablarlo por teléfono —se aventuró a decir—. Si pudiera recibirme mañana mismo...

Al otro lado de la línea se hizo de nuevo el silencio. Jean Baptiste tragó saliva.

—Mañana tengo un día muy complicado —dijo finalmente su interlocutor—. Y por la noche he de asistir a una gala benéfica en la Vlaamse Opera. Pero si es tan urgente, nos vemos en el auditorio media hora antes del inicio de la función. Hay un reservado donde hablaremos con total discreción.